

salvador, en todo cuanto le mandase, y éste le nombró desde luego su intérprete (11).

El 4 de marzo del año arriba citado, Hernán Cortés y todas sus tropas volvieron á embarcarse, siguiendo siempre el rumbo de Occidente. Pero aquí debemos perderlos de vista, porque la memorable empresa que acometieron desde entonces hasta el 13 de agosto de 1521, en que la gran Tenochtitlán cayó en poder de los expedicionarios, no pertenece ya á la historia de la Península.

(11) Jerónimo de Aguilar contribuyó mucho á la conquista de México, no sólo como intérprete, sino también como soldado. Hernán Cortés premió sus servicios nombrándole regidor de Segura de la Frontera, cuya plaza le confirmó el rey en 1523 (*Archivo mexicano*, tomo II, página 183). BERNAL DÍAZ (obra citada, capítulo CCV) dice que murió tullido de *bubas*.

CAPITULO V

Impresión que causan en los mayas las expediciones españolas.— Su atención se fija especialmente en la cruz.—Chilam Balam.—Otros sacerdotes gentiles á quienes se atribuye el don de profecía.—¿El Cristianismo fué predicado en América antes del descubrimiento?—Examen de los fundamentos en que se apoyan los defensores de esta opinión.

Las tres expediciones de que acabamos de hablar debieron producir un efecto terrible en toda la Península. Aunque los españoles no pasaron por entonces de las costas, la simple presencia de aquellos hombres extraordinarios, tan distintos de todos los americanos, hizo que la noticia circulase rápidamente hasta las provincias más internas del país. Todo era nuevo y sorprendente en los extranjeros: la blancura de su cutis, las barbas que poblaban su rostro, sus trajes que cubrían todo el cuerpo, sus armas que despedían el relámpago y el trueno, y por último aquellos monstruos de la guerra, que aunque parecían un compuesto de dos seres distintos, el caballo y el jinete, la uniformidad de sus movimientos les hacía sospechar que fuese uno solo. Los mayas, en sus expediciones marítimas á las islas vecinas y á las costas de Honduras y Veracruz, no recordaban haber visto hombres de tan extraña apariencia, y esta circunstancia debió de haber dado origen á multitud de conjeturas sobre el lugar de que venían los españoles.

Entre las suposiciones que se hacían con este motivo; entre los comentarios á que se prestaba todo lo que rodea-

ba á los europeos, hubo un objeto que llamó más fuertemente la atención de los mayas que sus armas, sus barbas y sus caballos: aquella gran cruz que Hernán Cortés había hecho colocar en el santuario principal de Cozumel. Se recordará que el caudillo extremeño, después de la arena sagrada con que intentó persuadir á los isleños de la vanidad de sus dioses, había hecho arrojar á éstos del templo y colocar en sus altares una cruz y una imagen de la Virgen María. Permítasenos insistir sobre este episodio, que dió origen á dos hechos, sobre los cuales se levantaron después varias invenciones con honores de milagro. Bernal Díaz del Castillo dice que Hernán Cortés «mandó á dos carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar» (1). Pedro Mártir de Angliera, citando el testimonio de tres testigos presenciales, Alaminos, Montejo y Puertocarrero, se expresa de esta manera: «Nuestros hombres les dieron un cuadro pintado de la Virgen Santísima, que colocaron con reverencia en su templo, y sobre él una cruz para honrarla en recuerdo de Dios y del hombre y de la salvación de la Humanidad. También erigieron otra cruz grande de madera sobre el templo, donde concurrían juntos á menudo á honrar la memoria de la Virgen» (2).

Pero no fué el cuadro de María el que más vivamente impresionó á los habitantes de Cozumel, á pesar de que debía ser una pintura bellísima, comparada al menos con

(1) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo XXVII.

(2) No conocemos la obra de PEDRO MÁRTYR, que es por cierto demasiado rara. Acaso no haya un solo ejemplar de ella en toda la Península. La cita que hacemos en el texto la hemos tomado de otro libro, poco conocido también en el Estado, y que es una historia de Yucatán, escrita en inglés por Mr. FANCOURT, antiguo intendente de Belice (capítulo VIII).

cualquiera otra que pudiese existir en la isla. Lo que llamó más fuertemente su atención fué aquel elevado madero que se erguía triunfante sobre el antiguo altar de los dioses, y ante el cual éstos yacían en tierra, mudos, impotentes y destrozados. ¡Terrible debía ser el poder de aquella divinidad extranjera, puesto que las de los mayas no osaban levantarse para arrojarla de su templo!

Cuando Hernán Cortés se presentó en Cozumel, era ya la tercera vez que los españoles arribaban al país. Los mayas comenzaban ya á familiarizarse con estas visitas anuales, en que, después de algunas escaramuzas, casi siempre favorables á los últimos, los extranjeros volvían á embarcarse en sus naves y desaparecían. Con este motivo, la última expedición hubiera impresionado poco á los naturales, si no hubiese estado acompañada de la humillación impuesta al culto nacional. Un terror profundo se apoderó de todos los ánimos cuando se supo que en Cozumel, en el santuario más respetado de todo el país, un dios extranjero se había enseñoreado de todo el templo, sin que las deidades patrias osasen disputarle el lugar. Los isleños, lejos de indignarse con este triunfo, lo consideraron como una prueba inequívoca del poder de la cruz, y no sólo la conservaron en el altar donde la había hecho colocar Cortés, sino que la adoraron con tanta fe como á sus antiguos dioses (3).

Una cosa semejante sucedió en las demás poblaciones del país. Se quiso tener una copia de la divinidad importada por los españoles, y en Maní, por lo menos, según asegura Herrera, se mandó hacer en piedra su efigie, y fué colocada en los patios de todos los templos (4). Parece que este culto, precursor del que pocos años después debía predicarse en la Península, fué ordenado por *Mochan Xiu*, últi-

(3) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, obra citada, capítulo XXVIII.

(4) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro II, capítulo XI.

mo descendiente entonces de la antigua dinastía de Mayapán. ¿Con qué motivo tomó tan extraña determinación?

Había por aquel tiempo en la misma provincia un sacerdote llamado *Balam*, el cual pertenecía á la clase de los *chilames*, que, como recordará el lector, era la que tenía la misión de interpretar la voluntad de los dioses. Este ministro del culto, deseoso tal vez de adquirir una reputación, y satisfecho de que se le presentase una oportunidad tan brillante para ejercer su oficio, hizo con motivo de la cruz de Cozumel una de esas declaraciones con que el sacerdocio llenaba de pavor á los pueblos. Dijo á los mayas que aquel palo enhiesto (*bahom ché*) era el dios de unos hombres blancos y barbados, que pronto se enseñorearían de la tierra y harían cesar el culto de las divinidades nacionales.

De estos dos hechos tan naturales y sencillos en sí mismos, es decir, de la colocación de la cruz en Cozumel y de la poesía de Chilam Balam, se han querido deducir cosas estupendas y maravillosas con que se han llenado las páginas de la Historia. Se ha dicho que la cruz fué adorada desde tiempo inmemorial entre los mayas, y que la venida de los españoles fué profetizada, cuando menos, desde el siglo xv por varios sacerdotes gentiles. Vamos á examinar estos dos puntos, con vista de los datos en que se apoyan los que los sostienen.

La primera especie no descansa en otro fundamento que en las siguientes palabras de Gomara: «Junto á un templo como torre cuadrada, donde tenían un ídolo muy celebrado, al pie de ella había un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual había una cruz tan alta como diez palmos, á la cual tenían y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovía y había falta de agua, iban á ella en procesión y muy devotos. Ofrecíanle codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenía, ó mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina á

manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenían por cierto que luego llovía. Tal era la religión de estos *acuzamilanos* (habitantes de Cozumel). Y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devoción con aquel dios de cruz, porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna de Indias, que se haya en ella predicado el Evangelio, como más largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí adelante la cruz, como quien está hecho á tal señal» (5).

Debe advertirse que el autor de las líneas que acabamos de citar no formó parte de la expedición de Hernán Cortés ni estuvo nunca en Cozumel. Pero como su *Crónica de la Nueva España* fué una de las primeras obras que se publicaron sobre aquella célebre empresa, todos los historiadores que vinieron después de él, no sólo copiaron la noticia, sino que la comentaron de mil maneras distintas, para deducir de ella que la religión cristiana había sido predicada muchos siglos antes en América. Herrera, Torquemada, Remesal y otros muchos escritores, citados por Cogolludo, no tuvieron probablemente otro apoyo para consignar la misma noticia. El hallazgo era del gusto de la época, y también un arma excelente para convertir á los indios al Cristianismo.

No se sabe hasta dónde puede llegar un grano de simiente arrojado en un terreno ávido de producir. De las palabras de Gomara, no sólo se pasó á la idea de que el Cristianismo fué predicado en el Nuevo Mundo al mismo tiempo que en el antiguo, sino que se creyó descubrir que Santo Tomás había venido á la América con ese objeto y que los indios conservaban un recuerdo de él bajo el nombre de *Quetzalcoatl* ó *Kukulcán*. Varias generaciones de historiadores han repetido después las mismas especies, y todavía

(5) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulo IX.

en nuestra época no han faltado algunos que las defiendan con calor.

Pero reduciéndonos ahora á lo que atañe á Yucatán, observaremos que para combatir la objeción de que la cruz hallada en Cozumel pudiese ser la que allí dejó Hernán Cortés en 1519, se ha alegado que las cruces mayas eran de piedra, y que una de éstas se halla actualmente en la iglesia de la Mejorada, de Mérida, en la primera capilla del lado izquierdo de la entrada (6). Cogolludo no se atreve á afirmar precisamente que esta cruz sea de las encontradas en aquella isla; pero asegura que así se creía generalmente en su tiempo, y cita el nombre de un cura de Hochtun que tenía el hecho por indudable. Don Justo Sierra tampoco cree bien averiguado que la referida cruz tenga la procedencia que se pretende; pero también cita el nombre de un deán de la Catedral que opinaba lo mismo que el beneficiado de Hochtun (7). Pero hay una circunstancia que habla muy alto en contra de estas opiniones. Está tallada en la cruz, de medio relieve, la imagen de Jesús crucificado, y esta escultura acusa indudablemente su origen español.

No es éste, ciertamente, el único argumento para probar que no hubo cruces en Cozumel antes de 1519. Al testimonio de Gomara, que, como hemos dicho, no estuvo nunca en aquella isla, puede oponerse el de Bernal Díaz del Castillo y los de Montejo, Puertocarrero y Alaminos, que la visitaron varias veces. El primero, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, refiere con una prolijidad asombrosa hasta los menores detalles de lo que observaba en sus viajes; y es seguro que si hubiese visto alguna cruz en Cozumel, no habría dejado de consignar la especie en su libro. Al contrario, la relación que hace del episodio religioso á que tantas veces nos hemos referido,

(6) COGOLLUDO, lugar citado y apéndice IV del tomo I.

(7) *Museo Yucateco*, página 35.

prueba perfectamente que todas las imágenes que Cortés presentó á los indios eran enteramente nuevas para ellos (8). En cuanto á Montejo, Puertocarrero y Alaminos, ya hemos visto que hablaron con Pedro Mártir, y cuando éste no habla de la cruz de Cozumel, es una prueba indudable de que nada le dijeron sobre ella.

El otro punto que nos hemos propuesto examinar en este capítulo es el relativo á los llamados profetas yucatecos, que, según se asegura, predijeron la venida de los españoles. Como la poesía de Chilam Balam, de que hemos hablado, carecería del mérito de una profecía si hubiese sido compuesta en los años posteriores á 1519, se ha pretendido que este personaje floreció en el siglo xv, y para demostrarlo se trae por prueba lo mismo que está en cuestión, es decir, el texto de las palabras del profeta. A fin de que el lector pueda pronunciar con mayor acierto su fallo sobre el asunto de que se trata, insertamos á continuación las líneas que se hacen pasar por la profecía de Balam.

«En el fin de la décimatercia edad, estando en su pujanza Itzá y la ciudad nombrada Tanchah, vendrá la señal de un dios que está en las alturas, y la cruz se manifestará ya al mundo, con la cual fué alumbrado el orbe. Habrá división entre las voluntades cuando esta señal sea traída en tiempo venidero. Los hombres sacerdotes antes de llegar una legua y á un cuarto de legua no más, veréis la cruz que se os aparecerá y os amanecerá de polo á polo. Cesará el culto de vanos dioses. Ya vuestro padre viene, ¡oh itzalanos! Ya viene vuestro hermano, ¡oh tantuniles! Recibid á vuestros huéspedes barbados del Oriente, que vienen á

(8) Hablando de Campeche, se expresa así BERNAL DÍAZ: «y á otra parte de los ídolos, tenían unas señales, como á manera de cruces, pintados de otros bultos de indios». Aunque el rudo lenguaje del soldado castellano no es siempre muy claro, se comprende aquí que vió algunas pinturas que se parecían algo á la señal de la cruz. Pero de esto á que la cruz fuese adorada por los mayas, hay una enorme diferencia.

traer la señal de Dios. Dios es que nos viene, manso y piadoso. Ya viene el tiempo de nuestra vida. No tenéis que temer del mundo. Tú eres Dios único, que nos criaste piadoso. Buenas son las palabras de Dios. Ea, ensalcemos su señal en alto; ensalcemos para adorarla y verla. La cruz hemos de ensalzar. En oposición de la mentira se aparece hoy, en contra del árbol primero del mundo. Hoy es hecha al mundo demostración. Señal es esta de un dios de las alturas. Esta adorad, ¡oh gente itzalana! Adorémosla con voluntad recta; adoremos al que es Dios nuestro y verdadero Dios. Recibid la palabra del Dios verdadero, que del cielo viene el que os habla. Cobrad juicio y ser los de Itzá. Los que creyeren serán alumbrados en la edad que está por venir. Mirad si os importa lo que yo os digo, advierto y encargo; yo, vuestro intérprete y maestro de crédito, Balam por nombre. Y con esto he acabado de decir lo que Dios verdadero me mandó, para que lo oiga el mundo» (9).

Los que aseguran que Chilam Balam floreció muchos años antes que Grijalva y Cortés aportaran á Cozumel, se fundan en la frase con que comienza la poesía. Si el profeta, dicen, hubiese hablado después de 1519, no habría dicho *en el fin de la décimatercia edad*, sino *en el fin de la edad presente* (10). Tampoco es de creer, añaden, que hubiese hablado en la anterior inmediata, porque entonces hubiera dicho *en la edad que sigue á esta*. Luego el profeta, concluyen, habló, cuando más tarde, en el último tercio del siglo xv (11), esto es, en el cuarto *ahau hatun*, ó sea en los años comprendidos entre 1469 y 1493.

(9) COGOLLUDO, obra citada, libro II, capítulo XI.

(10) No obstante la confusión que reina entre el cómputo de D. JUAN PÍO PÉREZ y los de LANDA y el autor de las *Épocas mayas*, puede decirse que la décimatercia edad á que se alude en el texto fué la comprendida entre los años 1517 y 1541 de la era vulgar.

(11) COGOLLUDO, obra citado, libro IV, capítulo IX.

Pero no es Chilam Balam, según los historiadores de que hablamos, el único sacerdote gentil que hubiese profetizado la venida de los españoles. Se dice que también la predijeron *Patzin Yaxun Chan*, *Nahau Pech*, *H-Kukil Chel* y *H-Na Puc Tun*. Cogolludo refiere al pie de la letra las palabras de estos cuatro sacerdotes, entre los cuales merecen llamar la atención las de Nahau Pech, por haber fijado en cuatro edades la época en que el Cristianismo debía ser predicado en Yucatán. Según este vaticinio, aquel célebre personaje debió haber florecido hacia el año 1445 de la Era cristiana.

Don Justo Sierra ha observado con mucha razón que todas las profecías de que venimos hablando se hallan concebidas en un lenguaje tan expresivo, que parecen hechas en vista de la realidad. De esta observación concluye el juicioso escritor que todas ellas son apócrifas é inventadas en todas sus partes (12). También nosotros éramos de la misma opinión, antes de recoger los datos que nos están sirviendo para trazar esta historia. Creímos que los profetas yucatecos y sus vaticinios habían sido inventados después de la conquista, con un fin que nunca nos habríamos atrevido á censurar, porque quizá fué el esfuerzo supremo á que apelaron los misioneros para que los mayas no adoptasen la vida salvaje.

Pero unas palabras del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, extractadas de su informe contra *idolorum cultores*, nos hicieron comprender que Chilam Balam, al menos, no debe ser considerado como un personaje fabuloso. Este historiador asegura que dicho sacerdote floreció en Maní en los años comprendidos entre 1519 y 1540, y que con ocasión de la cruz que Hernán Cortés dejó en Cozumel, hizo una poesía en lengua maya, diciendo que los españoles que venían aquella señal sojuzgarían el país con el tiempo.

(12) *Museo Yucateco*, página 7.

Nada tiene de inverosímil la noticia, como tampoco tiene nada de profética la palabra de un hombre que augura el predominio de una raza, de cuya superioridad é intenciones hostiles se tienen pruebas incóntestables. Harto habían manifestado los españoles su deseo de sojuzgar el país en sus viajes anteriores, y si los mayas hubiesen podido abrigar alguna duda sobre el asunto, se la habrían disipado los mercaderes que visitaban frecuentemente las islas inmediatas al continente, donde indudablemente debieron saber que Cuba y Santo Domingo estaban ya en poder de los hombres blancos.

Ahora, las palabras que hemos copiado anteriormente, ¿fueron en realidad las que pronunció Chilam Balam en la corte de Mochan Xiu? Sería necesario estar dotado de una candidez á toda prueba para creerlo así. Es de presumir que luego que los españoles tuvieron noticia de este personaje, forjaron la profecía que se le atribuye, calculándola sobre alguna de sus frases, que acaso conservaría la tradición, con el objeto de que la popularidad que el profeta gozaba entre sus compatriotas produjese en el ánimo de éstos el efecto que se buscaba.

En cuanto á los otros profetas yucatecos, quizá todos sean fabulosos, porque á excepción de Cogolludo, no sabemos que ningún otro historiador haya hablado de ellos. Landa (13), que escribió en tiempos más inmediatos á la conquista, sólo habla de Chilam Balam (14).

(13) *Relación de las cosas de Yucatán*, § XI.

(14) LANDA, lo mismo que HERRERA, y aun el Dr. AGUILAR, llaman á este sacerdote Chilam *Cambal*. El nombre de *Balam* con que le designan los historiadores que vinieron después, ¿no le habrá sido dado con el objeto de que fuese homónimo de aquel hechicero que, enviado por el rey Balac á maldecir á los hebreos, los llenó de bendiciones y predijo la venida de Cristo, según refiere la Biblia? Mucho nos lo tememos; porque COGOLLUDO asegura que á mediados del siglo XVII ya se hacía mérito de esta identidad de nombres y se decía que, si el Balam de las Escrituras había sido profeta, según el sentir de los doctores de la Iglesia, no había motivo para que no lo fuese el Balam yucateco.

Copiamos, para terminar esta materia, las palabras del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, á que tantas veces nos hemos referido en las líneas precedentes. «Este Aguilar (Jerónimo) fué el que halló Cortés en la isla de Cozumel, en donde puso una cruz; la mandó adorar cuando pasó á México con su armada, la cual quitó el gobernador D. Diego Fernández de Velasco el año 1604 y la envió al marqués del Valle, nieto de Cortés. De esta cruz tomó motivo un sacerdote de ídolos, llamado Chilam Cambal, de hacer una poesía en su lengua, que he leído muchas veces, en que dijo que la gente nueva que había de conquistarlos veneraban la cruz, con los cuales habían de emparentar. Esto mismo refiere Antonio de Herrera; y como el Adelantado Montejo, á cuyo cargo fué la conquista de esta provincia, tardó más de diez años en volver á ella, pensaron los nuestros que estos indios pusieron esta cruz, y tuvieron por profecía la poesía de Chilam Cambal; y esta es la verdad, la cual averigüé por saber la lengua de ellos y por la comunicación de los indios viejos, primeros neófitos que alcancé, los cuales iban á su romería al templo de Cozumel, y allí vieron la cruz» (15).

(15) Fragmentos del informe contra *idolorum cultores*, publicados en la *Revista de Mérida*.